

peculado, como mi sobrino Joaquín (Maas) hasta los licenciados Gorostieta y Tamariz, modelos de honradez y de inteligencia, vidas de una pureza ejemplar.

Políticos fracasados del foro mexicano; filibusteros de la peor especie; ladrones conocidos; "bravis" de profesión; "enterradores" profesionales; poetas de prestigio universal; declamadores; tribunos; eminencias en las artes y en las letras; mediocres, condenados a fracasar; soldados abnegados y valientes; verdugos de profesión; periodistas; obispos; todo lo que sobresalía en la espuma o en la basura de la sociedad mexicana estuvo a mi servicio!

Diréis que todos los gobiernos disponen de malos elementos; sí, pero ningún Gobierno los tuvo tan cerca como el mío.

En muchas temporadas no quise tener segundas manos, yo mismo me entendía con los picaros y con los hombres de bien.

Entre los hombres buenos que se acercaron a mi Gobierno, no había uno de mala fe: todos estaban animados por una idea nacional, salvar a México. Con sinceridad creyeron que la caída del Gobierno de Madero, había sido un gran paso para el restablecimiento del orden y de la paz; ninguno supuso lo que hoy sé que es una verdad: que la revolución no había muerto con Madero.

En efecto, señores, en aquella época, sólo dormía la Revolución, pero la prédica maderista, clamando por una gran conmoción social que arrojara del Poder a los hombres que disfrutaban de todas sus ventajas para substituirlos por los que nada tenían, estaba latente en el corazón de la República.

La gente de orden, es decir la gente satisfecha, tendría que ser arrollada por la gente de desorden, todavía hambrienta e insatisfecha.

Sin el Cuartelazo, Madero habría sido sacrificado por la misma Revolución que acaudilló, porque Madero no hizo desde su exaltación a la Presidencia, obra revolucionaria: no llevó a todos sus amigos a los puestos públicos, no cumplió las promesas que había formulado a los humildes, no reformó la sociedad.....

Y no hizo todo esto por una sencilla razón: su familia, que había sido revolucionaria sólo en las horas más amables de la lucha, era, desde el triunfo, más conservadora que el Partido Católico.

Decía que escogí a mis hombres entre los medios sociales. No escatimé favor alguno, no me opuse a una

sola de las adhesiones que se me hicieron. Entre los hombres del Cuartelazo y los que no habían tomado parte en el Cuartelazo, no establecía ninguna diferencia. Todos recibían al mismo tiempo, lo que deseaban; satisfacían sus anhelos de lucro o de honores.

Llegué hasta creer que con mi Gobierno todos los mexicanos eran verdaderamente felices.

LAS AMBICIONES DE MONDRAGON

Mondragón es el más trabajador de los hombres que yo conozco. No creo que lo pueda superar ninguno de los que luchan en México ni de los que están en el destierro. Es un hombre que representa la actividad, pero la actividad desordenada, la actividad al acaso: se parece a una tempestad! Ni tiene orientación, más que sus ambiciones, ni su labor es ordenada: las energías se consumen en él estérilmente.

Su paso por la Secretaría de Guerra se marcó por estas dos tendencias: mucho trabajo para aumentar el Ejército y un gran descuido para salvar a las fuerzas que combatían a los revolucionarios.

¿Me comprendió Mondragón? ¿Fué de los que vieron con toda claridad que yo deseaba que continuara el movimiento revolucionario para justificar así mi permanencia en el Poder?

Lo ignoro. Pero esto no tendría importancia. Su conducta política sí me fué del todo favorable. Inmediatamente que vió que lo estaba dejando enriquecerse con grandes contratos que el Gobierno no podía pagar, Mondragón me fué adicto y vió que mi discípulo Félix estaba alejado para siempre de la Presidencia.

Mondragón fué el hombre a quien más elogí durante mi administración. Hasta los triunfos de la División del Norte, mi más grande orgullo, los puse a sus pies, proclamándolo maestro de todos mis jefes y oficiales de artillería, en un banquete en que cruzó por mi mente la idea de acabar con aquel hombre que no servía para otra cosa que para ganar dinero.

UNO QUE QUERIA LA PRESIDENCIA

Después de Mondragón, Garza Aldape fué el que mayor influencia tuvo durante mi administración. Pero la tuvo porque lo permití, no porque supiera conquistarse

ninguna confianza, ni porque su habilidad me obligara a guardarle ninguna consideración.

Garza Aldape quería ser Presidente de la República, por la misma razón que se me antojara ser Papa. Su inteligencia como político, puede medirse con el hecho siguiente: pensó y creyó que yo le ofrecería la Presidencia en un rato de buen humor.

En su inconsciencia, no llegó a temerme, como me temía Mondragón, sino por el contrario, creyó poder influenciar en mi persona lo suficiente para que yo le entregara el Poder.

Y así como a Mondragón le di un plazo para que abandonara el territorio nacional, a Garza Aldape lo hice salir del Ministerio en la forma más dolorosa para él: Ordené a mis Ministros, los señores Moheno y Lozano, que le pidieran su renuncia.

Lozano y Moheno eran sus enemigos.

Inmediatamente que este hombre que no me había conocido, entregó su renuncia, se apoderó de él el pánico más grande.

No encontraba un lugar próximo a la playa donde se embarcaba para ausentarse de mí. Temía que lo asesinara.

Para calmarlo, le envié mi retrato con una dedicatoria en que le decía era él (Garza Aldape) el único hombre capaz de sucederme en la Presidencia.

La destrucción de mis hombres, fué cosa fácil. No encontraba ninguna resistencia en ellos. Cedían ante mí, temerosos de que los mandara ejecutar como ellos lo hacían con los enemigos del Gobierno.

En vez de fortalecerse, de acostumbrarse con la frecuencia del derramamiento de sangre, se acobardaban como mujeres ante un espectáculo desagradable.

MIS MINISTROS

A mis Ministros los elegía sólo por ligeros datos que me daban mis amigos, o sus enemigos. No me preocupaba la elección de mis hombres, porque yo sabía que no había hombres en México.

Señores, voy a hablar con la rudeza de un soldado, como lo he hecho hasta aquí. Temo que se me critique por esto, pero no puedo dejar de expresarme en tal forma, porque escribo para que se me entienda.

He dicho que no había hombres en México y es la

verdad: el señor General Díaz se había encargado de "castrar" a todos los hombres, de corromper a todo el que tenía alguna idea, a todo el que podía sobresalir un palmo de la "estatura obligatoria", es decir, de la abyección y de la ignominia.

Por esto cuando se dice que el General Díaz era patriota, no puedo menos de reírme. ¿Patriota un hombre que no había hecho Patria? ¿Patriota un hombre que dividió el Poder de la República entre él y el más voraz de cuantos judíos han pasado por la tierra, el señor Limantour?

No, el Gral. Porfirio Díaz no era patriota ni era grande. Era el peor de los gobernantes que le pueden haber tocado en suerte a un pueblo.

Para que se vea lo poco que me preocupó la elección de mis hombres, diré que un repórter tuvo ingerencia directa en el nombramiento de tres de mis Ministros y que al licenciado López Portillo, que después ha declarado que yo lo hice Ministro a la fuerza, lo nombré en el mismo instante en que lo ví, sin pensar previamente que iba a designarle para tal puesto.

Recuerdo algo sobre el señor licenciado López Portillo muy interesante. Le dije a Lozano, mi Ministro, que me diera su opinión sobre su paisano. Aunque habían sido enemigos, Lozano me dijo que Portillo era una persona excelente para desempeñar el cargo de Procurador de la República. Le dije que me lo llevara. Y en Consejo de Ministros, lo hice entrar y lo presenté como mi Ministro de Relaciones, es decir, como Jefe del Gabinete.

Lozano se asustó tanto, que se iba a caer.....

Así escogí a mis Ministros. ¿A ti, lector, no te tocó en mi Gobierno una Secretaría de Estado?.....

EL VERTIGO DEL PODER

La ocupación de un alto puesto, desorienta a los hombres, los hace cambiar de ideas, los hace vacilar en sus más firmes convicciones. Yo he visto que todos mis hombres cambiaron a mi lado. Ví a un hombre muy honorable, de una intachable conducta, convertido en asesino monstruoso, más asesino que yo, señores. Ví a liberales de las más firmes convicciones, proponerme alianza con el Clero como única salvadora..... ví a muchos humildes burgueses, devorados por todas las ambiciones.....

Con López Portillo ocurrió algo asombroso. Siendo Gobernador del Estado de Jalisco, se le ocurrió excluir a las monjas de tres conventos para cumplir con la Constitución. Les propuso indemnizaciones, las trató de consolar..... pero las expulsaba ignominiosamente.

Ellas ocurrieron a mí, y yo, que no soy "mocho", las dejé en sus conventos.....

Sólo un hombre no cambió en mi Gobierno: Lozano.

Yo fui mi Ministro en todos los ramos y quise ser también el director de la campaña militar en toda la República. Salvo las épocas muy breves en que autorizaba a mis hombres para que obraran en tal o cual sentido, yo obraba por mi cuenta y escogiendo los medios que me parecían más apropiados.

Se acusó en muchas ocasiones al Cuadrilátero de ser el Director en los asuntos públicos y se le concedió una influencia que estuvo muy lejos de tener en mi administración.

Como buenos mexicanos, los abogados del Cuadrilátero se dividieron en cuanto subieron al Poder y tengo la seguridad de que se hubieran hecho pedazos unos a otros si no se unen sólo incidentalmente para batir a sus enemigos más próximos, los que estaban a mi lado desempeñando puestos tan importantes como los de ellos.

MIS CANTORES

Yo llamé al Cuadrilátero porque soy un enamorado de la oratoria. Necesitaba oír hablar bien; y necesitaba que se me satisficiera en la más grande de mis debilidades: mi amor propio.

Señores, sin que alguien me llame grande; sin que se alfombré mi paso con las rosas del elogio; —como dice no sé quién— y sin que se canten mis hazañas de la División del Norte; yo no hubiera sido feliz. La Presidencia era "eso" para mí, en lo que se refiere a la parte meramente ideológica.

Como buen militar me enamoraba de lo brillante, de lo ampuloso, de la ostentación. Me gustaban las arengas de Lozano porque reclamaban para mi persona la admiración del mundo; sentía con ellas el orgullo de ser grande; me figuraba que ellas me alzaban sobre el nivel de todos mis compatriotas hasta la región de los héroes!

Cuando invocó la figura de Cuauhtémoc, ante el la-

go de Xochimilco, yo sentí que el héroe me sonreía y me llamaba "hermano"!

¡Ah, fué aquel el momento más bello de mi grandeza! Si Lozano me pide cualquier cosa ese día, se la doy.

(Bueno, cualquier cosa que fuera otra que la Presidencia).

La oratoria de la intelectualidad mexicana también proclamó mis triunfos. Donde quiera que un hombre inteligente hablaba, se decía de mi valor, de mi serenidad ante el peligro, de mis campañas.

Y cada vez que hablaba alguien así, conmovíame profundamente; cada vez sentía yo más grande, más intensa, la aspiración de dominar, de luchar por sostenerme en el Poder, de prolongar por toda mi vida aquella era de grandeza.

Ya me explico, señores, por qué Don Porfirio y todos los hombres que han estado en el Gobierno, olvidan la fecha de las elecciones y sólo se acuerdan de la reelección!

También yo hablaba y convencía a los que me escuchaban. Hasta los conmovía a veces; los hacía llorar o estremecer hasta la raíz de los cabellos!

Sin embargo, yo no soy orador; soy un hombre que habla lo que no siente: eso es todo; pero pongo tal calor en mis palabras, que convido a mis auditorios; empleo en mis arengas no sólo una literatura muy especial, sino también el tono imperioso al que estoy acostumbrado por mi profesión de militar.

Además, ya lo han dicho muchos, poseo un don que no tienen todos los hombres, sino los oradores y los grandes: el de sugestión. Convido al que trato de convencer, lo engaño..... "me lo tanteo" —como decimos en México.

Por eso mis discursos arrebataron a las multitudes. Cuando dije el primero en la Cámara de Diputados, una gran parte del auditorio me era hostil: al terminarlo, todos me aplaudieron y todos estaban conmovidos: "me los había tanteado"—nada más.

MIS ALIADOS

Mi fe en Dios no es profunda —es decir, soy ateo— y mi fe en la Religión Católica sólo se fundaba en la atracción hacia el Partido que en nombre de esa creencia tenía más adeptos.

No tengo, tampoco, tendencias hacia el espiritismo, del que era gran adepto Don Francisco Madero.

Mi alianza con los católicos fué aconsejada por mi compadre el Doctor Urrutia. A esa alianza se debieron las persecuciones que los revolucionarios han consumado con tanta saña en sacerdotes y monjas, no obstante que, según el criterio general en mi país, los hombres del campo, que son en su mayoría los levantados en armas, son católicos.

Y bien, señores, yo debo hacer esta rectificación para que las iras de los revolucionarios no caigan sobre los desventurados religiosos de mi Patria.

El Partido Católico me prometió ayuda y me la prometieron los Príncipes de la Iglesia Mexicana; pero no me la llegaron a dar.....

Los católicos se conformaron con no atacarme; tal vez aisladamente algunos hayan dado hasta ayuda moral a las autoridades secundarias; pero la ayuda que me podían haber dado, la ayuda que representaba todo el triunfo, el dinero, esa no me la dieron.

Y por eso, por hacer las cosas a medias, los señores ricos y los señores católicos no triunfaron entonces y hoy son vencidos.

Cualquier sacrificio de dinero que hubieran hecho para ayudarme, hasta la cesión del cincuenta por ciento de sus intereses, hubiera sido un excelente negocio para ellos: hubiéramos acabado con la revolución: hubieran tenido tiempo y leyes para resarcirse de la pérdida salvadora.

No quisieron, y hoy es muy posible que lo pierdan todo.

¡Allá ellos!

Yo he dicho la verdad en este caso, no sólo porque así lo he prometido al iniciar mi libro, sino porque quiero, a pesar de los perjuicios que me hicieron sufrir, evitar torcidas interpretaciones de parte de los revolucionarios.

Lo digo sin ironía.

LA CAMPAÑA

La campaña militar fué una serie de fracasos de los señores jefes a quienes estuvo encomendada; pero no hay responsables de tales fracasos: el único soy yo.

La guerra, señores, según Napoleón y según todos los hombres que tienen un átomo de corazón, se hace con di-

nero. El General Joffre, sin haberes para su tropa, sería un _____ iba a decir un Refugio Velasco.

Pero no sólo cooperó al desastre la falta de dinero; también y muy principalmente, la falta de un Secretario de la Guerra.

No voy a reprochar la labor militar de mi General Blanquet. Por el contrario, tengo en su abono sólo palabras de gratitud y una gran admiración por sus trabajos y porque quería fusilarme días antes de que cayera del Poder!

Subordinado a mí en todo, Blanquet tomaba mis acuerdos y hacía que se ejecutaran al pie de la letra.

Y yo ordenaba desde el Palacio Nacional, teniendo como única guía esta razón: "si crece uno de mis generales en la opinión y le confío un gran núcleo de fuerzas, me derribará".

La verdad, mi régimen fué el de la desconfianza. Temía de todos mis hombres, consideraba que cada uno de los que tenían a su mando elementos de fuerza, podía volverse contra mí, pronunciarse y aplastarme: la escuela de la Ciudadela sin duda que había hecho adeptos.

Y por esto nunca intenté una reconcentración para batir al núcleo más fuerte, el de Sonora; por esto mis generales nunca mandaron más de mil quinientos hombres, salvo en ocasiones muy comprometidas, cuando yo sabía que iban a ser arrollados por la revolución.

Las columnas de mi sobrino Joaquín (Maas) y de mi General Rubio Navarrete eran tan pequeñas como grandes las señalaba la prensa.

Yo confiaba en Joaquín y desconfiaba de Rubio, pero este asunto merece capítulo aparte.

La imbecilidad del General Mercado, entregando Chihuahua a Francisco Villa, no me indignó mucho, pues desde que quité a Rábago el mando de la División del Norte, supuse que algo grave iba a ocurrir.

Sin embargo preferí y preferiré siempre que me sirva un Mercado, que nunca se me rebelará, a un Rábago, en quien veía un hombre inteligente y de prestigio, capaz de pronunciarse en mi contra y aniquilarme.

Después la caída de Torreón me hizo comprender que Munguía era un imbécil y que como éste necesitaba yo muchos hombres.

Bravo comandaba las fuerzas que defendían Torreón; pero se le había hecho una campaña política por los Gar-

za Aldape y ésto nos había privado de tan buen elemento para la defensa de aquella plaza.

La muerte del valiente General Alvérez no me causó la misma pena que a Blanquet que era su compadre y que lloró como un niño.

Cuando me comunicaron la noticia seguí embriagándome en el "Café Colón" en tanto que Blanquet lloraba.

La campaña siguió de fracaso en fracaso. Cada Jefe malo, recibía elogios personales míos y tenía un Gobierno o una División a su mando.

Así Medina Barrón, Rasgado, García Hidsalgo, Velasco, Ruelas, Cortés y tantos otros llegaron a ser Divisionarios o Gobernadores.

LA MATANZA EN DETALL

El sacrificio en detall, como el murmurador señor General Rubio llamó a la campaña militar, consistía en esto.

Se enviaba una pequeña columna a una zona donde el enemigo era fuerte. Allí quedaba abandonada la columna y al poco tiempo era batida y muchas veces aniquilada. Al evacuar la plaza, esperaba el auxilio que siempre llegaba tarde.

El enemigo repetía la derrota de mis fuerzas y entonces se mandaba una nueva columna al sacrificio. Era una matanza por tandas, era "el sacrificio en detall", como dijo admirablemente mi General Rubio.

Las columnas de auxilio siempre estuvieron organizadas con precipitación, siguiendo un sistema muy especial que no arrancó protestas más que de los labios del señor General citado anteriormente. De los reemplazos que llegaban a los cuarteles, o bien de los barrios bajos o de los mercados, se tomaban quinientos o mil hombres. Se les embarcaba en los trenes militares y se les vestía en el mismo tren, en camino para el lugar del combate. Muchas veces estos hombres combatieron antes de que bajaran de los trenes, cuando los rebeldes asaltaban los convoyes militares.

Por esto se dió el caso con alguna frecuencia de que los soldados no supieran ni manejar el arma ante el enemigo.

Las hecatombes que se desarrollaron por la falta de dirección en las campañas alcanzaron una magnitud que sólo tienen las grandes derrotas.

De "la matanza en detall" como decía el señor Gene-

ral Rubio Navarrete, no se da un caso igual al que voy a citar a ustedes y que prueba la impericia de algunos militares a los que les di mando no obstante que no eran aptos ni para mandar una compañía.

Hago estas revelaciones sólo con un objeto: que se dé al glorioso Ejército Nacional, el lugar que se merece por su heroísmo, por su abnegación para el sacrificio.

SACRIFICIOS

Desesperado de las imbecilidades que cometía mi Secretario Particular el General Víctor Manuel Corral, lo envié a la campaña. No pudo objetar nada, como lo hiciera Guasque, quien con lágrimas en los ojos me había declarado su falta de valor para ir a combatir. Corral sí fué, todo asustado, a la campaña.

En San Luis Potosí, quedó durante algunos meses como Jefe de las Armas. Y bien, sólo en los destacamentos que repartió entre San Luis Potosí y Vanegas, murieron más de tres mil hombres en tres meses. El revolucionario Carrera Torres, con tres mil hombres caía sobre los pequeños destacamentos, los copaba y sin obtener la rendición de ningún soldado, ordenaba el fusilamiento en masa.

Por la impericia de Corral solamente, murieron allí muchos oficiales técnicos, ingenieros y artilleros que el General Corral mandaba a la campaña con diez y quince hombres, como si fueran sargentos o cabos.

Y esto ocurrió siempre; una vez por mil iban los soldados y los oficiales mandados por hombres más competentes que ellos.

¡EL DEBER!

Y sin embargo, el Ejército no se sublevó. El Ejército seguía siendo leal al Gobierno de la República. Sucumbía en los campos del Norte y en las montañas del Sur, sin una protesta, sin un lamento, con un heroísmo sin semejanza en los tiempos pasados.

¿Por qué no se sublevaron los jefes? Por varias razones. Los veteranos, los que habían estado en las campañas anteriores, me temían y sabían que el regreso al Cuartelazo, a la sublevación, no los llevaría, sino a una efímera era de prosperidad..... Y los otros, los jóvenes, los que habían salido del Colegio Militar de Chapultepec,

no se habían mezclado en los pronunciamientos felixistas ni maderistas, por orgullo, por honor, por algo que condensaban en estas palabras: por el cumplimiento del deber.

Ah, señores, por esta palabra han sucumbido más de cincuenta mil hombres durante mi Gobierno; por esta palabra durante la época de mi Gobierno, bañé en sangre la República, desde el Norte hasta Guatemala. Por esta palabra sagrada se consumaron más crímenes durante mi Gobierno que por todas las malas pasiones.

Yo reclamo para los muertos, para los que cayeron pensando que sucumbían por el cumplimiento de su deber, el respeto de todos los mexicanos. Si yo fui malo, en cambio nadie podrá negar que el sacrificio de tantos hombres muestra la energía del alma mexicana.

JOAQUIN, MI SOBRINO.....

La guerra es dura. La sangre que en ella se derrama cae solamente sobre algunos culpables y sobre muchos inocentes. Las maldiciones, que deberían ser tan sólo para los jefes de los Gobiernos que mueven a los soldados, caen sobre los jefes militares que emprenden las operaciones. Esta injusticia es eterna, como todas.

Las represalias en las guerras civiles son cruentas, más que los combates, y por esto es que durante la campaña militar que hicieron mis generales contra la revolución, se registraron escenas que no sino la reproducción de las que registra la historia de todos los pueblos en todos los tiempos.

¿Justifico con lo anterior la actitud de algunos de mis Jefes? ¿Logro desvanecer con estas razones los cargos que se hacen sobre los militares que por servirme consumaron todos los delitos que consideraron necesarios para obtener el triunfo?

Sólo quiero hablar de un General, el más atacado y vilipendiado por la opinión pública y aún por los mismos militares: me refiero a Joaquín Maas, mi sobrino.

Los defectos principales de Joaquín son de aquellos que hacen fuertes a los hombres: quería progresar y no se detenía para nada en los medios.

Joaquín no tenía para pagar pequeñas cuentas días antes de que estallara el movimiento militar de la Ciudadela. Estaba arruinado.

Yo lo había llevado a la División del Norte, infrin-

giendo la ley y hasta una orden de la Secretaría de Guerra, donde se sabía que estaba procesado por peculado. Se le atribuía algún otro desfalco en Morelia y creo que otro en la reconstrucción de unos salones de Chapultepec. Su fama era mala, porque quería dominar, porque era soberbio como todos los que quieren el triunfo.

En la División del Norte tuvo oportunidad de hacer dinero. Yo se la di en unos cuerpos de ferrocarrileros, pero si algo hizo fué una miseria. Entonces se conformaba, más que todo, con su rehabilitación. Procesado por peculado nadie puede ir a la campaña..... nadie que no tenga, como Joaquín tenía en mí, un buen padrino.

Ya he dicho cómo me sirvió más tarde, durante la Ciudadela. Con Cepeda fué mi agente confidencial: aquellos dos hombres eran todo para mis planes. Inteligentes y valientes me servían para mis ambiciones mejor que nadie; y especialmente Joaquín que no había de detenerse nunca por escrúpulos morales.

Si dijera que lo quería por gratitud o por afecto familiar, nadie me lo creería.

EL GENERAL RUBIO

Un choque entre Joaquín y el General Rubio Navarrete, choque originado sin duda alguna por la disparidad de caracteres, pues Rubio es la honradez personificada, me permitió utilizar a mi sobrino en algo más: en el militar que caería sobre Rubio en el caso de que éste se levantara en mi contra.

Cuanto diga yo de mi desconfianza de los hombres, es pequeño para explicar la idea que tengo de todos, absolutamente de todos..... se entiende que menos de los que como algunos viejos Generales son incapaces de levantarse..... hasta de la cama. Pongo por ejemplo a Joaquín Téllez.

Tenía desconfianza de Rubio porque es joven, valiente, impetuoso, enemigo del dinero. Señores, cuidense ustedes mucho de los hombres que no quieren dinero: no sirven para ayudar a Gobiernos. A un hombre capaz de venderse por dinero, se le puede encadenar sólo con permitirle que haga cualquier fechoría; pero un hombre que no roba, que sólo ambiciona glorias militares u honores, y que es vuestro amigo, es más peligroso que todos los enemigos.

Y por esto dividí siempre las campañas, fraccioné el mando de las grandes divisiones, impedí que un sólo hombre tuviera un poder que pudiera volverse contra el mío. Por esto yo fui mi Ministro y mi General.

¿Necesito decir que si logré uno de mis objetos, en cambio perdí siempre en la campaña y en la administración?

A veces yo pensaba que mi desconfianza debía terminar, que debía dar mando militar a algunos jefes, pero un mando verdadero; sin embargo temía que se sublevaran en mi contra. **¡Ya había sucedido así con Don Francisco I. Madero!**

Por tal causa la campaña de Nuevo León y de Coahuila, la hicieron Joaquín Maas y Rubio Navarrete.

Con dos pequeñas columnas se batió a los revolucionarios en la forma más brillante. Y ya cuando sólo una partida de trescientos hombres quedaba frente a nuestras tropas, ya que había muerto la revolución carrancista, ordené que las operaciones se suspendieran: las dos brillantes columnas quedaron inmóviles y los revolucionarios pudieron rehacerse, volver a la lucha, crecer.....

¿Por qué hice esto? Por confianza en mí mismo, por la seguridad que tuve siempre en que el día que me reconocieran los Estados Unidos, la revolución se extinguiría por sí sola.....

“MUERAN LOS ANTI-HUERTISTAS”

Los fracasos de algunos Jefes que operaban en Torreón y Zacatecas dieron a mi sobrino una brillante oportunidad para emprender una buena campaña, pero por las difíciles circunstancias pecuniarias por las que atravesaba el Gobierno y por el presentimiento de que muy pronto todo iba a terminar de manera desfavorable para mí, Joaquín cometió algunas torpezas.

El hacía la campaña a mi favor y a su favor: trabajaba con la fe de los ambiciosos, con el entusiasmo del que quiere y sabe que va a ganar mucho, mucho: todo lo que quiere, más quizás. Y emprendió su campaña atrayéndose el odio de los pueblos por donde pasaba: su camino se marcó con sangre, con maldiciones, con incendios. Su falta de tacto político hizo que la revolución prosperara en vez de decrecer: no tenía sino este lema: “mueran los anti-huertistas”.

Se que en varias ocasiones estuvieron a punto de ase-

sinarlo. La opinión le fué adversa siempre. A su llegada a Saltillo ordenó que se le entregara una gruesa suma en oro y la pidió en forma tan indiscreta que tal robo provocó un escándalo nacional!

Fué Joaquín con su familia el primero que salió del territorio nacional, el primero de los huertistas. No me pidió tal cosa: había venido del Norte, por dinero y cartuchos: ordené que le dieran quinientos mil pesos y cuando se me presentó para despedirse le ordené que se embarcara con su familia para Europa, confesándole que ya había acabado todo.

Se llevaba bastante dinero. Había hecho negocios brillantes cuando fué Jefe de mi Estado Mayor y se había enriquecido en la campaña donde todo, absolutamente todo, lo acaparó para sí, no dejándoles a sus oficiales ni las migajas.

MI ENEMIGO MR. WILSON

Obtener el reconocimiento de mi Gobierno por el de los Estados Unidos, fué para mí la mayor preocupación.

Ya la mayoría de las naciones habían enviado sus diplomáticos ante mi Gobierno; mi prestigio como hombre capaz de fundar un Gobierno estable, que diera garantías a los extranjeros, era universal. Los diplomáticos europeos me tenían simpatías. Veían en el General que había dominado a la revolución de Pascual Orozco, a un hombre semejante a Porfirio Díaz. La energía de que daba muestras mi actitud determinando la muerte de los dos gobernantes; la elección que hice de los hombres más aptos para formar con ellos mi Gabinete, auguraban un Gobierno sólido, hacían suponer el restablecimiento de la paz porfiriana.

Pero los Estados Unidos no me daban su reconocimiento: ante las naciones europeas, que me habían reconocido, no era yo sino un Presidente de opereta, a quien no se le podía prestar dinero.

Los banqueros reclamaban para sus empréstitos el reconocimiento de los Estados Unidos.

¿Por qué no obtuve el reconocimiento? Por muchas causas: la principal: falta de diplomáticos a mi lado.

No es verdad que Don Federico Gamboa sea un buen diplomático; y no es siquiera un canciller de consulado.....

Voy a probarlo con la narración general de los sucesos.

Las dificultades para el reconocimiento de mi gobierno crecieron con la intervención de Mr. W. Wilson, el Presidente de la Unión Americana.

Una campaña muy bien orientada cerca de este señor, fué el origen de todo. El señor Wilson es un soñador, un hombre que ignora las necesidades, las tendencias y las pasiones de los pueblos de la América Española. Cree el señor Wilson que se pueden implantar en México las reformas que existen en los pueblos más cultos; supone que en México la sucesión presidencial se puede consumir sin efusión de sangre; cree en la igualdad de tendencias del pueblo mexicano; y por último —lo que es más peligroso— piensa implantar sus teorías idealistas en toda la América Española.

El primer argumento que opuso a los que lo instaban a hacer el reconocimiento de mi Gobierno, fué éste: "Es preciso que ningún Presidente llegue al Poder por la fuerza. Sentado este precedente fracasarán todas las revoluciones."

Yo lo confieso: la propaganda que los hombres de la revolución hicieron para ganarse a Mr. Wilson, fué activa. Desplegaron todos sus esfuerzos en este sentido, enviándole agentes, yendo ellos mismos a hablarle y convencerlo; buscando Senadores que en el Congreso Americano ejercieran influencia en el ánimo del Presidente; dando conferencias públicas en las que se señalaba a Madero como una víctima llorada por la República; cuando a nadie le había causado la menor emoción!.....

Por otra parte, Villa obtuvo triunfos que atraieron la atención de los Estados Unidos sobre su persona. La casualidad hacía que Villa prosperara de una manera increíble. Tomó Ciudad Juárez y Chihuahua en unos cuantos días, y luego batió y dispersó a la División del Norte.

La suerte ayudaba a la revolución. Se ha hablado, también, de combinaciones financieras; se ha dicho hasta el fastidio de ayuda moral impartida por los Estados Unidos a la revolución; yo creo en todo, pues, el parque y las armas cruzaron por la frontera méxico-americana.

MIS "DIPLOMATICOS" Y MR. LIND

Cuando Mr. Lind me propuso el reconocimiento de los Estados Unidos con la condición de que entregara el Poder, rechacé tal proposición indignado.

Yo creo que Lind estaba convencido de que yo podía

salvar a México; pero era un buen partidario político y por eso su opinión fué la de su Jefe, el señor Presidente de los Estados Unidos.

Lind ayudó a muchos revolucionarios mexicanos, estando en mi país; Lind se mostró aliado de los revolucionarios: ya he dicho que era un buen partidario político.

Las dos notas sensacionales en que expuse al Gobierno de Washington que mi actitud sería la patriótica de no sometérme a lo que me proponían, las lancé después de que hice el último esfuerzo para atraerme a Mr. Lind.

Una de las notas, la primera, la escribió mi compadre el Doctor Urrutia; la otra el Ministro de Relaciones, Don Federico Gamboa.

Y bien, señores, la nota tan admirada por todos; la nota que le dió prestigio a Gamboa, era del Dr. Urrutia! Y la segunda nota, la que siguió aureolando a mi Ministro de Relaciones, fué la causante de mi fracaso!

¡Así son los prestigios en los Gobiernos de México! Pero decía que la segunda nota, que sólo era una tirada literaria, fué la que me perdió. Si yo no consiento en enviarla, hubiera obtenido un acercamiento con el Gobierno de Washington, hubiera podido intentar una transacción: después de aquella nota todo estaba perdido. No sólo había arrojado el guante a Wilson, había herido el sentimiento de los americanos.

Todo estaba perdido. Ya eran inútiles las gestiones diplomáticas: la literatura del señor Gamboa me había rematado!

A todo esto la revolución crecía. Los jefes que estaban en la campaña del Norte obtenían triunfos; las derrotas que sufrían mis generales en Torreón, en Guaymas, en el Sur, apresuraban mi caída!

Yo disponía de un grupo de generales para los que siempre tuve todas las consideraciones y que me eran del todo útiles, pues además de ser completamente incompetentes para poder luchar contra mí en el caso muy remoto de una insubordinación, de un nuevo cuartelazo, hacían todo lo que yo les mandaba.

Estaban tan vinculados a mí, que eran como de mi sangre, pensaban en mi persona, como un hijo piensa en su padre; obraban contra los rebeldes como un hijo contra los enemigos de su padre; fusilaban como si con ello me quitaran enemigos mortales; sólo hacían una cosa para sí: enriquecerse.

Pero no quiero distraerme del punto que estaba tra-

lando y que se refiere a mi política internacional.

Pensé que el Gobierno Inglés me daría su apoyo, que no consistiría sino en esta única cosa: en dinero. Me hablaban de combinaciones de petróleo: me decían que con el petróleo se podía salvar al país de la ruina, a la que lo llevaba la deplorable situación que se prolongaba indefinidamente.

La riqueza de la zona petrolífera tentaba a todos los financieros, pero sin el reconocimiento de los Estados Unidos no podía conseguir absolutamente nada. Inglaterra y el Japón me hacían la corte, pero me convencí que sólo era por obtener concesiones para japoneses e ingleses, no para una alianza que me salvara del naufragio a que caminaba.

LA DESORIENTACION DE WILSON

En un principio llegué a suponer que mi actitud de reto a los Estados Unidos, me elevaría ante el mismo Wilson por la presión que sobre él hiciera su pueblo; pero el pueblo americano, me consideró como a cualquiera de los Presidentes de Centro América.

Se tomaba en los Estados Unidos el "Caso México" como un asunto político para hacer fracasar al Partido triunfante en aquella Nación: el Demócrata.

Se caricaturizaba a Wilson, se le destruía en su prestigio, pero al mismo tiempo se me destruía.

Las caricaturas en que me pintaban como un ebrio, se reproducían en todos los periódicos de la Unión Americana. Ya hasta se consideraba como un acto humanitario aniquilarme, arrojarme del Poder.

Entonces Mr. Wilson, del todo desorientado —porque es muy fácil desorientar a un soñador— ideó el golpe de muerte a mi Gobierno.

EL POPULACHO

Voy a hacer una confesión que descarga mi conciencia.

Me convencí de que el pueblo de México me detestaba, en un momento de lucidez. Algunos datos aislados pude tomar de mis íntimos, pues se me ocultaba la verdad como se le ocultaba a Don Porfirio, por servilismo. Me odiaban ya hasta en la Capital de México: todos los hombres que morían era por conspiración en mi contra; y en

las Comisariías y en la Inspección de Policía, y en la Secretaría de Guerra se decretaban sentencias de muerte a centenares de conspiradores contra mí.

Los ebrios y los que querían sacrificarse, gritaban "Muera Huerta".

Las ejecuciones eran diarias y constantes. No se tenía predilección por la categoría de las víctimas: humildes y poderosos, ricos y pobres, eran fusilados en la misma forma que Don Francisco y Don Gustavo, a tiros de pistola y en la noche.

El sistema de ejecuciones iniciado con la desaparición de Don Gustavo, se implantó como el mejor: nada de formalidades, nada de aparatos: se conducía a la víctima en un automóvil, se le hacía bajar y se le cazaba a balazos.

Yo estaba satisfecho. Es decir estaba satisfecho del procedimiento, pero no del número de víctimas: necesitaba que cayeran más cabezas, necesitaba que el número de mis enemigos fuera igual al número de muertos.

Quería vengarme, para decirlo de una vez, vengarme de México que era todavía maderista, revolucionario, enemigo del orden y de la paz.

Y entonces no tuve misericordia; entonces el asesinato lo tuve como pasión dominante. Ordené la organización de las pequeñas columnas, de fuerzas que habían de sucumbir bajo las carabinas de sus mismos amigos, de los revolucionarios!

El pueblo!..... el pueblo!

No hay pueblo en México, hay populacho!

¿Cómo si existía el pueblo no me aclamaba a mí, no me tomaba por su ídolo, no me consideraba su salvador?

Porque yo creí muchas veces, muchas, que yo era la Nación, que yo era la Patria! Así me lo decían todos los hombres, así lo pregonaban los sacerdotes en los templos! ¡El General Huerta es el salvador de México! Es el hombre providencial! ¡Es el Redentor de México! "Dios ayude al General Huerta en su obra redentora".

¿Por qué el pueblo no lo comprendía así?

Y bien, había que acabarlo: no merecía vivir!

Fué entonces cuando decidí abandonarlo todo: repartir la República entre mis generales, embriagarme con mis Ministros y con mis amigos, sacrificar por medio de la "leva" el mayor número de hombres, en tanto que Pa-redes, el Tesorero General de la Nación, me reunía una